

Secretaría de Prensa

EL SENTIDO DE LA VIDA

INTERVENCION DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN LA "V CONFERENCIA

CLAUDIO ORREGO VICUÑA 1990"

"De nada sirve vivir, si no
se sabe para qué".

Claudio Orrego Vicuña

Permítanme, en primer lugar, excusarme de dos cosas. Primero, por la emoción que he exteriorizado al recibir este galardón. Sólo hace unas horas supe que no venía sólo a dar una charla en esta Conferencia anual Claudio Orrego Vicuña, sino también a recibir este honroso premio, que tiene para mí muy honda significación, no sólo por la gran amistad que me unió con Claudio Orrego, sino por la profunda admiración que le profesé y le sigo profesando.

Ha sido una mala jugada la que me hizo mi amigo Claudio hijo, al invitarme a dar una conferencia y no contarme toda la verdad.

La segunda excusa que quiero pedirles es que no haya traído un texto escrito para mis palabras. La seriedad de este acontecimiento merecía la lectura de un texto previamente redactado. Pero, en verdad, los afanes de las tareas que desempeño no me dejan todo el tiempo necesario para escribir por mí mismo, como a mí me gusta, las cosas que acostumbro a decir.

Y tal vez esto tenga una contrapartida. La contrapartida de la espontaneidad. Cuando Claudio me pidió venir a dar esta conferencia no titubeé en aceptar, porque pensé que era una ocasión muy especial para dirigir a los jóvenes de mi Patria un mensaje sobre el sentido de la vida. Y era ocasión para ello por tratarse de un acto recordatorio de Claudio Orrego Vicuña. La cordialidad humana de Claudio, su alegría de vivir, la autenticidad y la transparencia que demostraba en todas sus actuaciones, su entusiasmo vital, su espíritu de lucha, su inteligencia siempre ágil, despierta, la elocuencia de su palabra eran, sin lugar a dudas, características que irradiaban en torno a

quiénes tuvimos el privilegio de convivir con él un hálito especial.

Claudio Orrego, testimonio de vida

Claudio Orrego fue un hombre que puso su persona al servicio de valores superiores, de ideales; que entregó su vida a una causa superior a sí mismo, que no vivió para sí, sino construyó una vida para servir.

Los valores cristianos que inspiraban su existencia marcaron todos y cada uno de sus actos, y de ese modo el recuerdo de lo que Claudio Orrego fue, de lo que hizo, de lo que escribió, de sus actuaciones, es un testimonio y un ejemplo que pueden servir de feliz inspiración a los jóvenes de las nuevas generaciones.

Este recuerdo me llevó a pensar que Claudio podría prestar un nuevo servicio a los jóvenes chilenos al proporcionarles substancia para reflexionar, a partir de su testimonio de vida y de su pensamiento, sobre el sentido de la vida.

La vida: un desafío

¿Qué es vivir? Vivir, en definitiva, es un gran desafío. La vida nos es dada. Nosotros no somos los autores de nuestra propia vida. Pero no nos es dada hecha.

Desde cierto momento de nuestra existencia, desde que tomamos conciencia y somos capaces de ejercer los rasgos distintivos del ser humano, la razón que nos permite distinguir lo bueno de lo malo, la voluntad que nos permite decidir nuestras acciones conforme a los dictados de nuestra razón y superar la fuerza meramente instintiva, o pasional, desde que el ser humano empieza a ejercer estas facultades que lo distinguen del resto de los seres animados, el hombre, la mujer, empieza a construir su vida. La vida no nos es dada hecha. Tenemos que hacerla nosotros mismos.

Ortega y Gasset nos dice: "Yo soy yo y mi circunstancia". Con lo cual quiere señalar esa realidad inexorable de que el ser humano está condicionado, no determinado necesariamente, por el medio que lo rodea. La circunstancia es una parte; pero no es todo. Puede, de alguna manera, limitarme, encauzar mi existencia; pero el hombre no es esclavo de su circunstancia. Su razón y su voluntad le permiten adecuar su vida, superando o modificando la circunstancia; le permiten cambiar la circunstancia.

La Humanidad no habría progresado si el hombre siempre hubiera vivido quieto, como prisionero de la circunstancia y no se hubiera resuelto a cambiar el mundo. El progreso del mundo es la

mejor demostración de la capacidad del hombre de ir cambiándolo. La circunstancia puede someterse, pero yo puedo cambiarla.

Y esto, para los jóvenes, tiene enorme importancia. El joven se encuentra con un mundo que a menudo no responde a sus anhelos, que a menudo lo aprisiona, que a menudo lo encuentra injusto, cruel, desigual. Tarea del joven es tratar de cambiar ese mundo para hacerlo justo, igual, solidario, hermoso, bello, bueno.

¿Qué me pide la vida?

Lo que yo sea dependerá de mis actitudes ante el desafío de la vida. Hay dos posibilidades. Centro la vida en mí mismo, pongo como fin de la vida mi propio yo, o reconozco a mi vida un fin superior a mí mismo, es decir, pongo mi vida al servicio de ese fin superior a mí mismo.

El egoísta es el ser que vive en torno a sí, es el que toma la vida como acreedor, es el que se pregunta ¿qué me dará la vida?, ¿qué quiero de la vida?, ¿qué espero de la vida? Quiere y reclama bienes y satisfacciones que espera recibir de la vida, goza de esos bienes y satisfacciones, pero nunca quedará satisfecho. Siempre serán insuficientes y sufrirá muchas decepciones. Muy rara vez la vida le dará todo lo que él quiere y espera de ella.

En oposición al egoísta, el que pudiéramos llamar altruista siente que si vida tiene un fin superior a sí mismo, tiene un objeto o tarea a la cual consagrarse. Esta es su vocación. Toma la vida como deudor, no como acreedor. No se pregunta ¿qué quiero de la vida?, sino que se pregunta ¿qué me pide la vida?, ¿qué demanda la vida de mí?, ¿qué espera la vida de mí? ¿qué debo hacer para que mi vida tenga sentido?

La vida, así concebida, le impondrá exigencias, le exigirá tensiones; la vida no es facilidad. La vida es lucha, es esfuerzo, es sacrificio, es entrega. Pero lo que justifica ese sacrificio, esa lucha, ese esfuerzo, esa entrega, ese sufrimiento, ese dolor, es el fin superior al cual está entregada. Y en la realización de ese fin irá logrando pequeñas victorias, irá experimentando satisfacciones humanas.

Al concebir así la vida, tendrá mucho menos frustraciones, porque en la medida en que va pagando la deuda, en que va sintiéndose útil, sirviendo a sus ideales, contribuyendo a construir un mundo mejor, haciendo su tarea, va experimentando el gozo del creador, el gozo del artista, el gozo del artífice.

Viktor Frankl, en su libro "El hombre en busca de sentido", narra su experiencia en un campo de concentración. El estuvo varios años en el campo de concentración de Auschwitz, y señala

todos los padecimientos que allí sufrieron él y los demás prisioneros, y cómo fueron muchos sucumbiendo, no sólo por la destrucción externa, sino por la autodestrucción que el régimen de prisionero les iba produciendo. Y señala cómo pudieron sobrevivir los que tuvieron lo que él llama "un por qué vivir", capaz de endurecerlos para soportar la tragedia de esa existencia.

Y cita a Nietzsche: "Quién tiene algo por qué vivir, es capaz de soportar cualquier cómo vivir".

Uno puede sufrir las peores limitaciones, los peores tormentos, si tiene una razón por la cual hacerlo. Pero si eso carece de sentido, de fin, el hombre no tiene fuerza para resistir la adversidad y el sufrimiento.

Y concluye Frankl: "tenemos que aprender por nosotros mismos y después enseñar a los desesperados, que en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino si la vida espera algo de nosotros". En última instancia, vivir significa cumplir las tareas que la vida asigna continuamente a cada individuo.

La tarea del cristiano

Esta concepción de la vida como tarea encuentra sus raíces en la tradición judeocristiana. Según el Génesis, el hombre fue puesto sobre la tierra para dominarla. Es decir, para ejercer la capacidad de su inteligencia y de su libertad, a fin de utilizar las fuerzas de la naturaleza al servicio de la Humanidad. En el fondo -vuelvo a lo que antes dije- todo el progreso de la creación, todo el esfuerzo de sucesivas civilizaciones que han ido traduciéndose en un logro cada vez mayor de dominio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, no es sino el cumplimiento del mandato bíblico, mandato realizado por el ser humano.

Para un cristiano, aquello que decimos diariamente en la oración que el Señor nos enseñó: "Hágase tu voluntad", significa en el fondo la exigencia, no de someternos pasivamente a una especie de destino o fatalismo, sino de captar cuál es la voluntad de Dios y de ser instrumento consciente de esa voluntad, para que venga a nosotros su Reino. "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura", nos dice el Evangelio.

Para un cristiano, nuestra tarea aquí es precisamente esa: "buscar el Reino de Dios y su justicia".

Sin duda Claudio Orrego entendió así su vida. Su vida tan rica, tan corta pero tan fecunda, fue un esfuerzo constante de buscar el Reino de Dios y su justicia; fue un esfuerzo inteligente, perseverante, entusiasta, cordial, humano, para construir en nuestro Chile una Patria mejor, una Patria más justa, más solidaria, más fraterna, más libre. Fue un luchador que

partiendo de la realidad de nuestro Chile, quiso mejorarlo, construir una sociedad mejor.

El desafío para los jóvenes

Los jóvenes de hoy se encuentran también con una realidad que no puede satisfacerlos plenamente. Se encuentra con un mundo en que no sólo hayan dificultades para su realización personal, sino en que encuentran también como cerradas las puertas para cambiar las cosas.

Los jóvenes de hoy, sobre todo los que no tienen acceso a las universidades, los que tienen limitaciones económicas que les impiden un desarrollo superior de sus capacidades, se sienten como prisioneros y aplastados. Les cuesta visualizar un futuro de felicidad y desarrollo y en alguna medida están condicionados no sólo por esas limitaciones materiales, sino también por los antivalores propios de la sociedad de consumo.

Desde niños, lo que ven en los televisores es un mundo al cual difícilmente tendrán acceso, y suelen ver violencia, y suelen ver sensualidad, y muy pocos actos de generosidad, de entrega, de heroísmo.

Entonces es muy fácil que sientan la tentación de pasar por la vida como meros espectadores, de evadir la realidad en el gozo, en el sexo, en el alcohol, en la droga.

Para estos jóvenes, que son tantos en nuestro Chile de hoy, yo quiero señalar el ejemplo de Claudio Orrego y de muchos de sus compañeros de su generación. Fue la suya una generación que creyó que era posible construir un mundo humano, que supo hacer una jerarquía de valores y distinguir el mero goce de las satisfacciones personales del goce superior de las tareas trascendentes. Fue una generación capaz de luchar, capaz de sufrir fracasos y desalientos y no por ello sentirse derrotados. Fue una generación que sintió muy hondamente el drama de la división económico-social de nuestro pueblo, que sintió cuán falsamente o vanamente se denomina cristiana una sociedad en la cual el cristiano solía ser meramente formal y no se traducía en la realidad de la vida. Que sintió como un clamor la necesidad de cambios estructurales que hicieran a nuestra Patria más justa y más solidaria para todos. Y que luchó con denuedo, con tesón, con apasionamiento, a veces con exceso de ideologización, pero siempre con idealismo y generosidad, por cambiar esa realidad y construir un Chile verdaderamente humano para todos los chilenos.

Se entregaron con constancia, con entusiasmo, con abnegación. Hoy día, en cierto modo, estamos gozando de los frutos de esa lucha, estamos viendo en nuestra Patria un nuevo amanecer. Los sueños de hace tres décadas comienzan a hacerse realidad en Chile

y en el mundo. Vemos que los hombres se liberan de distintas formas de opresión, que las dictaduras se derrumban, que caen los muros que dividen a los pueblos, que se abren por doquier caminos de entendimiento y paz.

Estos frutos, que son promesa de un mañana mejor, comienzo de un futuro en construcción, no deben llevarnos a cantar victoria. Significan que la semilla ha germinado, que la planta ha emergido.

Pero esa planta necesita de nuestro cuidado y tendremos que seguir trabajando, con la generosidad, la entrega, el entusiasmo, la abnegación, el heroísmo, el sacrificio con que ellos lucharon, para que esa planta eche raíces profundas y llegue a ser el árbol sólido, frondoso y fructífero que todos anhelamos. Esta es tarea para todos los hombres de buena voluntad y, especialmente, es tarea, con miras hacia el futuro, de los jóvenes de hoy. He aquí vuestro hermoso desafío.

Valores orientadores en la vida

Quisiera ahora referirme también a otros aspectos del legado de Claudio Orrego, no ya relativo al sentido de la vida, sino que a conceptos fundamentales para orientar nuestra conducta en la vida, muy arraigados en su pensamiento. Porque Claudio no sólo fue un testimonio vital maravilloso, sino que fue, al mismo tiempo, un -yo lo diría, perdóneseme la palabra- un "paridor de ideas", un gestador de ideas y divulgador entusiasta de las mismas.

No sólo dio un testimonio de vida, sino que también nos legó una herencia de pensamiento, expuesta en numerosos libros, de entre los cuales destaco "Solidaridad o violencia: el dilema de Chile", publicado en 1969; "Empezar de nuevo", publicado en 1972; "Para una paz estable entre los chilenos", edición privada que circuló clandestinamente en 1974; "Chile, o la fuerza de la razón", que publicó ese mismo año 74, y "La difícil senda del desarrollo político en América Latina", obra póstuma, que fue publicada después de su muerte en 1983.

Tomo éstos, de entre sus muchos escritos, porque me parecen los más significativos para expresar su pensamiento en torno a ciertas "ideas fuerza" que se repiten, reafirman y son aleccionadoras.

En primer lugar, un gran amor a Chile, a través de su historia. Claudio Orrego se agarraba de las raíces históricas de nuestro Chile, las amaba y sacaba lecciones de ellas. En sus libros señala ciertas constantes que caracterizan la historia de nuestro país, que coinciden con las que el Cardenal Silva Henríquez sintetizó en ese bello opúsculo que denominó "El alma de Chile": el amor a la libertad, la fe en el derecho, el respeto a las instituciones, la búsqueda de consensos, características que, en cierto modo, son constantes a lo largo de la historia, salvo

los períodos de ruptura histórica.

Los períodos de ruptura histórica coinciden con el quiebre de esos valores. Pero Chile, después de cada una de esas etapas: la anarquía política en los comienzos de la vida independiente, los quiebres de mediados del siglo pasado, la guerra civil del 91, los quiebres entre el 25 y el 32, cada vez que sale de esas etapas de ruptura, vuelve al cauce de estas constantes, que son las que dan solidez y que permiten superar la crisis, reconstruir la unidad nacional y cicatrizar las heridas. Lección muy importante en este momento de nuestra historia, en que estamos saliendo de una etapa de quiebre y en que esos valores son los que nos han de permitir alcanzar la tan anhelada reconciliación y recomenzar la marcha de nuestro Chile en el sentido de la historia.

Otro tema que a Claudio le preocupa en todas sus obras es el tema de la injusticia social y la necesidad de superarla. Frente a los problemas que generan los desniveles económico-sociales, la falta de oportunidades a los pobres, los quiebres en la sociedad chilena como fruto de estructuras económico-sociales injustas, plantea como imperativo moral la exigencia de encontrar fórmulas para superar esa injusticia.

Un tercer tema que le preocupa, es el de la violencia y, el terrorismo. La rechaza del modo más categórico. La violencia significa para él la negación de la razón y es un camino que conduce siempre a mayor violencia. La violencia engendra más violencia, genera odio, va ligada con la mentira y conduce a la destrucción. Claudio vuelve permanentemente sobre el tema. En su primer libro "Solidaridad o violencia: el dilema de Chile", formula con fuerza esa proposición; y en su libro póstumo, sobre "La difícil senda del desarrollo político en América Latina", analiza con mucha perspicacia el fenómeno de la violencia y el del terrorismo en el continente, y señala cómo por esos caminos no se llegará jamás a construir una sociedad justa, ni a liberar al hombre, sino que, simplemente se conducirá cada día a mayor represión y a mayor opresión.

Otro valor en que Claudio insiste mucho es la solidaridad, la importancia y la eficacia social de la solidaridad como base fundamental para construir una sociedad en que haya más justicia. Cuando el Papa en su visita a Chile nos habló de una economía de la solidaridad, planteó conceptos que ya se encuentran años antes en los libros de Claudio Orrego.

Otro gran tema que le preocupa es la búsqueda de la paz, por medio del reencuentro. Y eso no sólo es en él una aspiración racional, sino a la vez un imperativo moral. La mayor aspiración de todos los seres humanos es la paz. El hombre busca la paz, quiere la paz. La paz es condición de la felicidad.

Pero la paz no es incompatible con la lucha, que en Claudio era forma vital. El luchaba con coraje, con fuerza, y como tal combatía y tenía adversarios. Pero, al mismo tiempo, lo hacía con un espíritu de paz que lo llevaba a tenderle la mano al adversario, a no tener enemigos, a respetar siempre al prójimo. Eso, que trasunta en sus libros como expresión conceptual era, en otro ámbito, forma vital de su ser.

Por último, Claudio tenía gran confianza en la razón. Creía que los seres humanos somos capaces de superar nuestras diferencias, sin acudir a la fuerza. Por algo y para algo Dios, nos dio la razón, la inteligencia. A veces nos olvidamos de ello, pero la verdad es que si queremos ser dignos de nuestra condición humana, tenemos que ser capaces de manejarnos por nuestra razón y no por los meros instintos o pasiones. La razón siempre nos marca caminos, nos orienta. La razón supone reconocer los obstáculos, advertir las dificultades, partir de la realidad, no confundir lo que se quiere con lo que se puede, tener sentido de las proporciones. La razón exige prudencia en el actuar político.

La razón no significa no tener coraje ni dejar de ser valientes, de ser francos y de decir la verdad. Pero señala cómo debemos hacerlo y cuál es la manera más inteligente de que, con nuestro actuar, lleguemos adonde queremos ir, en vez de que nos quedemos adonde mismo o que retrocedamos.

Pienso que en estos dos últimos años de nuestra vida política, estos conceptos se han estado poniendo en práctica, muchas de las ideas, y de los consejos de Claudio Orrego. Estamos recorriendo caminos de responsabilidad política, como los que él aconsejó.

Nuestro deber en esta hora

No quisiera terminar mis palabras sin referirme brevemente a la dolorosa realidad que vivimos estos días, secuela de crueldades del pasado.

¿Qué pensaría y cómo actuaría Claudio Orrego antes este drama? Nadie puede permanecer indiferente. Todos debemos actuar y debemos hacerlo con sentido profundo de responsabilidad política.

No basta decir que hubo conflictos, que hubo odio y violencia, que en el país hubo algo parecido a la guerra, ni recordar lo que entonces dijimos, unos y otros. Los juicios políticos condenatorios de la situación anterior no pueden invocarse como excusa a los excesos en que se incurrió. Hemos dicho y lo reitero hoy aquí que la conciencia moral de Chile exige que se esclarezca la verdad y que se haga justicia en la medida de lo posible.

No se trata de juzgar a instituciones. Nadie debe generalizar. Si bien hay lo que se ha llamado pecados sociales o responsabilidades generales en que la sociedad incurre colectivamente, las culpas por crímenes son siempre personales.

El país no quiere venganzas, no quiere revanchas, ni menos odio ni violencia. Quiere paz. Pero, como tantas veces se ha señalado desde alta cátedra, la paz se construye sobre los pilares de la verdad y de la justicia.

Como Presidente de Chile siento el imperativo moral e histórico de contribuir a curar las heridas de mi Patria. Hay veces en que las palabras están demás. Habrá lugar para las explicaciones, para las preguntas y para las respuestas. Todas ellas demandan de nosotros, y el bien superior de Chile nos lo exige, coraje para sentir juntos el dolor, valor para enfrentar juntos la verdad y, sobre todo, generosidad para avanzar juntos en el camino de la reconciliación. Creo que es eso lo que nos pediría Claudio Orrego.

* * * * *

SANTIAGO, 12 de Junio de 1990

MLS/EMS.